

Noticia - Abril 1985



Las buenas manos de Pinochet

JUAN CARLOS ALGAÑARAZ

DESPUES de un agónico proceso de retorno a la democracia, en América del Sur sólo restan dos dictadores: el interminable Alfredo «Yo, el Supremo» Stroessner en Paraguay, y el tirano chileno Augusto Pinochet. El primero parece destinado a ejercer su oficio hasta que la salud aguante, siempre que a su médico personal, el doctor Mengele, no se le ocurra ensayar ningún extraño experimento.

El otro, que se mantiene en el poder a sangre y fuego, acaba de recibir un soberbio espaldarazo del secretario de Estado adjunto para Asuntos Interamericanos, Langhorne Motley, quien al finalizar una visita ha descubierto y certificado que «Chile está en buenas manos».

Es extraordinario el ciego desparpajo de la política norteamericana en América Latina. La experiencia indica que el apoyo a dictadores impopulares y juntas militares corruptas desemboca casi siempre en trágicos procesos de violencia y movimientos guerrilleros que, al triunfar, arremeten contra USA, el odiado padrino del régimen depuesto.

El caso de la dinastía Somoza es de lo más ilustrativo, pero para nada singular. Después de cuarenta años de barbarie en Nicaragua es de una férrea lógica histórica que haya que lidiar con el sandinismo y sus devaneos leninistas. ¿O alguien cree posible que al finalizar un proceso semejante florezcan socialdemócratas escandinavos?

Lo mismo se puede decir de todos los países latinoamericanos, donde en lugar de auxiliar a las fuerzas moderadas y democráticas USA prefirió, con la honrosa excepción del Gobierno de Jimmy Carter, apoyar a los militares ansiosos por aumentar la deuda externa a paso de carga.

Los militares argentinos fueron mimados por el Gobierno de Reagan, quien los convirtió en sus «condottieri» en América Central. Cuando los responsables del genocidio en Argentina iniciaron la trágica fuga hacia adelante de la guerra de las Malvinas, quedaron estupefactos ante la «traición norteamericana», corrieron a contarle sus penas a Fidel Castro y amenazaron aliarse con los soviéticos.

Amargas lecciones todas éstas que Estados Unidos se empeña en no aprender. Y así, la oposición chilena que, desesperadamente, necesita que USA descalifique a Pinochet para facilitar una

transición pacífica hacia la democracia, recibe el histórico bofetón de las manazas «buenas» del dictador, cortesía del Departamento de Estado.

Mientras tanto, Ronald Reagan lanza el anatema contra los sandinistas acusándoles de no haber sido elegidos libremente. De esa manera ahoga los esfuerzos del grupo de Contadora, apoyado por España. ¿Y quién eligió a Pinochet y Stroessner? «No comment», respondió el presidente ante la reveladora pregunta de un periodista.

Hay que visitar América Latina para comprobar *in situ* la animadversión que despierta esta política de dobles escalas de valores para las buenas manos de los dictadores amigos, siempre de derechas, y las malas manos de los tiranos enemigos, siempre de izquierdas, según la peculiar división del mundo enunciada por Jeane Kirkpatrick, convertida en una doctrina para el área.

El ocaso de las dictaduras en América Latina contó con la aprobación del Gobierno norteamericano después de que los militares en el poder se hundieran uno tras otro en la catástrofe económica y política. El comportamiento cívico fue de una gran madurez: todos los Gobiernos elegidos son impecablemente moderados.

Pero la herencia que reciben las nuevas fuerzas democráticas en el poder son países devastados, con una deuda externa abrumadora y una situación social explosiva.

Por eso, las desafortunadas y nada casuales palabras de Langhorne Motley tendrán nefastas consecuencias y no sólo para Chile. Los militares ultras se sentirán

alentados ahora a pasar a la ofensiva y volver a aniquilar la democracia. Ya han puesto sus «buenas manos» a la obra.

Este peligro tiene que producir un cambio de rumbo inmediato. A principios de marzo llegará a Chile el adjunto al secretario de Defensa para Asuntos Latinoamericanos, Néstor Sánchez, con la misión de presionar a Pinochet para que fije un calendario de transición democrática. Es una buena oportunidad para que USA aplique el torniquete de su poder, aisle a Pinochet y convenza a las Fuerzas Armadas que lo rodean de que la única salida es hacia el régimen constitucional. Chile no está en buenas manos, y si USA se sigue equivocando, los extremistas violentos serán los únicos beneficiados.



Algañaraz